

La cámara había matado dos pájaros con una pedrada: al saber la dimision de La Fayette, Dupont (de l'Eure) presentó la suya.

En esta vez se apresuraron á aceptarla.

Cinco dias despues lord Stuart, embajador de Inglaterra, se presentó con motivo del año nuevo, á hacer su visita diplomática al rey, y como le felicitase por la habilidad con que había sabido evitarse los distintos embañazos que se le habían opuesto en el año de 1830:

—Sí, le contestó Luis Felipe—las cosas, en efecto, no se han arreglado tan mal.

Luego, en voz mas baja, y sonriéndose:

—Tengo todavía dos medicamentos de que hacer uso, y todo acabará bien.

Estos dos medicamentos, eran Laffitte y Odilon Barrot, únicos representantss de la revolucion de Julio que se sostenian en el poder.

Así se deslizó en el inmenso abismo de la eternidad el memorable año de 1830.

CAPÍTULO LII.

Con nuevas turbaciones comenzó el año de 1831. El aniversario del asesinato del duque de Berry sirvió de pretexto á algunos motines que duraron tres dias, y que dieron

por resultado la devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, el pillage del Arzobispado y la desaparicion de las lises del escudo real.

La devastacion de la iglesia Saint-Germain-l'Auxerrois, y el pillage del Arzobispado fueron un sacrilegio: la desaparicion de las lises, borradas publicamente de todos los coches del rey, fué una afrenta.

Yá Luis Felipe había tratado de hacer creer que era Valois y no Borbon.

Ahora era confesar que no era ni Borbon ni Valois.

Todo esto pasaba bajo un nuevo ministerio. Luis Felipe había echo uso de su primer medicamento; había quitados á M. Laffitte.

Veamos como habían sucedido tantas cosas y con que motivo el ex-propietario de la selva de Breteuil había hecho dimision de la presidencia del consejo.

La Francia, desde el alto de la tribuna y por el organo de su presidente del consejo, había proclamado el sistema de la no-intervencion en estos términos:

“La Francia no permitirá que el principio de la no-intervencion llegue á violarse, pero se esforzará tambien para impedir que se comprometa una paz que podia haberse conservado.

Si se hace inevitable la guerra, es preciso que se pruebe á la faz del mundo que nosotros no la hemos querido y que solo la hemos aceptado por que se nos colocaba entre ella y el abandono de nuestros principios. Seremos mas fuertes si al poder de las armas unimos la conviccion de nuestros derechos: continuaremos tratando de arreglos pero aperciendo nuestras armas. Dentro de muy poco tiempo tendremos, ademas de nuestras plazas fuertes, quinientos mil hombres de guerra bien armados, bien organizados, y con buenos gefes: un millon de guardias nacionales los apoyarán, y el rey, si es necesario, se pondrá á su cabeza. Marcharemos unidos, fuertes con nuestro derecho y con el poder de nuestro principios. Si la tempestad estalla á la

vista de los tres colores y nos auxilia, no seremos yá responsables de nada al universo.”

Esta declaracion de principios, hecha con el consentimiento del rey, habia sido naturalmente muy aplaudida en la cámara y sobre todo fuera de la cámara.

De repente estalló la revolucion de Modena, en la cual estaba afiliado el mismo príncipe reinante que deseaba hacerse rey de la Italia unitaria, y el duque de Orleans, hijo del rey.

Sofocada la revolucion, el Austria se resolvió á intervenir en ella.

En consecuencia de la proclama leida en la tribuna, al mariscal Maison, nuestro embajador en Viena, se le comisionó para presentar al gabinete austriaco una declaracion formal prohibiéndole la entrada en los Estados Romanos.

Pero el gabinete austriaco, contestó á esta prohibicion con una simple nota no escrita por la pluma, pero sí deslizada por los labios de Metternich.

“Hasta aquí habiamos dejado á la Francia avanzar en su principio de no-intervencion: pero ya es tiempo de que sepa que no reconocemos aquel en lo que concierne á la Italia, pues llevaremos nuestras armas á todas las partes donde se estienda la insurreccion. Si esta intervencion debe acarrear la guerra, deseamos mejor correr sus riesgos que no esponernos á perecer en medio de los motines.

El mariscal Maison trasmitió esta nota á M. de Sebastiani, ministro de negocios estrangeros; añadiendo que no habia un instante que perder, que era preciso tomar la iniciativa, y arrojar uu ejercito mas allá de los Alpes.

El despacho llegado á M. de Sebastiani en lugar de comunicarse á M. Laffitte, presidente del consejo, se comunicó al rey, el cual prohibió tuviese conocimiento de él M. Laffitte.

Leyóle este el dia 8 en el *Nacional*: cuando habia llegado á Paris el 4.

Semejante conducta de parte del ministerio de negocios estrangeros era incomprensible; así es que M. Laffitte pidió esplicaciones á M. de Sebastiani que, atacado hasta en sus últimos atrincheramientos, tuvo que confesar al fin que habia obedecido órdenes superiores.

M. Laffitte se dirigió á ver al rey que le recibió como lo habia hecho despues del registro de la venta de la selva de Breteuil, como habia recibido á La Fayette despues de su destitucion por la cámara, es decir, con las mas vivas protestas de amistad.

Despues, como insistiese Laffitte sosteniendo el belicoso programa que leyó en la cámara, se atrincheró el rey tras su título de rey constitucional, é invitó al presidente del consejo á arreglarse en este punto con sus colegas.

El dia 9 habia consejo. M. Laffitte se presentó en él, y vió que todos se unian para desaprobare el programa, no habiendo una sola voz que lo apoyase.

M. Laffitte presentó su dimision, que fué aceptada sin dificultad alguna.

El gabinete Casimiro Perier estaba ya formado, y aguardaba solo aquella dimision.

Así es que quedó constituido en un solo dia.

El mariscal Soult para el ministerio de la guerra.

M. de Sebastiani, quedó en el de negocios estrangeros.

El baron Louis se instaló en el de hacienda.

M. Barthe en el de justicia.

M. de Montalivet en el de cultos é instruccion pública.

M. d'Argout en el de trabajos públicos y comercio, y

M. de Rigny en el de marina.

Todos hemos visto á Casimiro Perier: la susceptibilidad del general Lamarque, el orgullo de M. Guizot, nada eran en comparacion de su susceptibilidad y de su orgullo. Una cólera inmensa, pronta siempre á desbordarse en palabras amargas, llenaba el alma de ese hombre, que no aspiraba

al poder sino para vengarse como ministro del pueblo que tantas veces le habia hecho temblar como banquero.

Desde el mismo dia de su entrada al ministerio se vió precisado á presentar su dimision.

Casimiro Perier estaba odiado: así es que cuando entró en la cámara con su cartera bajo el brazo, vió muy pocos semblantes afables.

De la cámara se dirigió al Palacio Real: allí fué peor todavía; las antecámaras del rey estaban en esa época llenas de militares: éstos detestaban al nuevo ministro por instinto sin duda, y porque adivinaban quizás hasta qué grado descenderia la Francia bajo su gobierno. Le volvieron las espaldas y el presidente del consejo continuó hácia los departamentos del rey.

Éste le aguardaba rodeado de su familia.

En los labios de Luis Felipe vagaba esa sonrisa encantadora que habia seducido á Laffitte, á Dupont (de l'Eure) y á La Fayette. La reina se mostraba digna pero política.

En cuanto á madama Adelaida, manifestaba un aspecto glacial.

Casimiro Perier se volvió al duque de Orleans: éste no solo estaba frio sino desdeñoso.

El ministro palideció, ó mas bien dicho, se puso amarillo; y dirigiéndose al rey:

—Sire—le dijo—una palabra á solas, os lo suplico.

El rey pasó á su gabinete y le hizo seña para que le siguiese.

A penas se habia cerrado la puerta cuando Casimiro Perier, con voz vibrante de cólera, exclamó:

—Sire, os presento mi dimision!

La salida era tan rara é inesperada, que Luis Felipe quedó anonadado.

—Vuestra dimision? y por qué?

—Sire—tengo enemigos en la cámara, enemigos en los

clubs, enemigos en la corte, y no puedo afrontar tantos odios á la vez.

El rey rogó, suplicó, pero todo fué inútil: se vió precisado á llamar á su hermana y á su hijo, y Casimiro Perier recibió sus excusas.

Desde su primera entrevista con este hombre, el rey se habia doblegado ante él.

Faltaba la cámara.

El 18 de Marzo, el nuevo ministro subió á la tribuna, y manifestó desde ella su programa político.

Desde ese momento no hubo ya mas circunloquios ni rodeos: Casimiro Perier proclamó altamente estos principios:

“Paz á toda costa con las potencias aliadas.

“Guerra encarnizada á la revolucion.

—“La sangre francesa no pertenece mas que á la Francia” exclamó. Y este axioma impío arrancó mil aplausos.

Os engañabais grandemente, pobre hombre de Estado! la sangre de la Francia, como la de Cristo, pertenece al mundo entero, y cuanta mas sangre derrame la Francia por los demas pñeblos, mas y mas se estenderá su religion.

El banquero egoista no tenia mas que palabras de desprecio para Luis Felipe.

—Es un hombre decia—en cuya casa no debe entrar nunca un ministro, sino es decidido á arrojarle la cartera á la cabeza.

Despues, cuando el rey hizo borrar las lises de su escudo:

—“¡El cobarde!—exclamó—sacrifica sus blasones porque tiene miedo. Al dia siguiente de la revolucion debia haberlo hecho: yo se lo aconsejé; pero entonces respetaba aun á sus mayores!”

Casimiro Périer que dejaba borrar con la espada rusa y con el sable austriaco el nombre de la Francia del gran catálogo de las naciones, llamaba cobarde al hombre que de-

jaba borrar por el pueblo los blasones de Luis XIII de su carruaje.

Esta política dió por resultado la consolidacion de Leopoldo en el trono de Bélgica, y el abandono de la Polonia y de la Italia, á la Rusia y al Austria.

La diplomacia europea acababa de escupirnos al rostro con la sangre de tres pueblos.

Pero desde ese momento. el gobierno pudo tranquilizarse respecto á las potencias extranjeras, y toda la cuestion quedó reducida á la lucha entre la reaccion y el progreso, ó mas bien entre la monarquía moribunda y la república naciente.

La mayor desgracia del partido republicano representado visiblemente por la *Sociedad de los Amigos del pueblo*, era su ignorancia histórica. Para ellos la Francia databa solo desde 1789: sus miradas no veian nada mas allá del humo del cañon de la Bastilla: para ellos la democracia no era una linfa que tenia su origen en las Comunas, que se hacia arroyo con la Jacquerie, fuente con la Liga, rio con la Fronda, lago con la revolucion, y que debia hacerse oceano cuando se agotasen todas las formas del poder monárquico, no: para ellos era un torrente brotado de súbito de una roca, y que como el Rhône, se perdía en las sombrías cavernas del imperio.

Esta ignorancia, que prestaba á su carácter un viso caballeresco, los hacia ágiles para cualquier golpe de manos, como á los caballeros de la edad media: los inspiraba una necesidad grande de obrar, los volvia impacientes, agitados, inquietos. A cualquiera que hubiese ido á predecirles el triunfo de su causa á los veinte, quince ó diez años, lo hubieran recibido como enemigo. No, el triunfo no tenia valor á sus ojos si no triunfaban en un dia. Mañana! En medio de las turbaciones que renacian á cada hora ¿verian llegar quizás ese mañana?

Comenzaron las persecuciones. Diez y nueve de los nues-

tros habian ido arrestados despues del proceso de los ministros.

Segun todas las probabilidades, yo mismo me escapé de ser arrestado con ellos, gracias á la dimision que envié al rey y que publiqué en todos los periódicos de aquella época; porque á mi arresto entonces se le hubiera dado el colorido de una venganza.

Entre los arrestados se hallaban tres gefes del partido: Godofredo Cavaignac, Guinard y Trelat.

Imposible seria ser mas afable, mas valiente y mas espiritual que Cavaignac, hijo del convencional que fué representante del pueblo en 1793, y hermano del general que fué dictador en 1848. Tenia, á la vez, un genio serio y original, un corazon tierno y valiente: yo le conocí mucho, le traté mucho, le amé mucho. Ya ha tenido la dicha de morir.

Guinard, menos simpático que Cavaignac, se le parecia mucho en el corazon y en el valor: nada mas hermoso que él, cuando en medio del peligro sacudia desdeñosamente su cabeza de leon: ante él se podia, sin temor, emitir cualquiera idea que cruzase la mente, pues cuanto mas arriesgada fuese, mas seguro estaba uno de que la aceptaria. Este ha vivido y se halla prisionero.

A Trelat apenas le conozco: llegado á figurar en los negocios públicos en 1848, ha dejado entrever un carácter recto pero tímido, un corazon honrado pero falto de energia.

Su proceso fué un triunfo para la causa republicana: como toda idea justa, aquella de que eran apóstoles debia engrandecerse y popularizarse con la persecucion. Nada se les probó, y salieron libres en medio de los *bravos* de diez mil hombres del pueblo, estudiantes y clérigos jóvenes, que los llevaron en brazos hasta la puerta de la casa de Trelat.

Guinard y Cavaignac habian logrado sustraerse á esta ovacion.

Era un primer golpe que se daba al poder. No tardaria mucho en recibir el segundo.

Como se ve, la lucha se anunciaba vigorosa y ardiente. Si el ataque era vivo, la defensa iba á ser terca: ademas, todo motivo de queja debia ser recibido por el gobierno y aceptado por la oposicion.

La cruz de Julio fuè el campo en que se dió la segunda batalla.

Despues de la revolucion, una ley acordada el 13 de Diciembre de 1830 instituyó una decoración especial para los combatientes que mas se habian distinguido durante las tres primeras jornadas. En consecuencia, la comision para distribuir las recompensas nacionales, se encargó de arreglar las listas de los ciudadanos que merecian la tal cruz.

En esa época, bajo el ministerio Laffitte, y bajo la influencia de La Fayette, el rey trataba aun de ganar popularidad: deseó, pues, recibir esa cruz, y hasta, segun creo, presentó por conducto de M. de Rumigny una solicitud á la comision respectiva.

La comision contestó sencillamente que la cruz se habia acordado para los que combatieron en las jornadas del 27, 28 y 29; que el duque de Orleans no habia entrado en Paris hasta en la noche del 30 al 31, y que, por consiguiente, no tenia derecho á recibir la cruz por ningun título.

Entonces decidió el rey que ya que no podia recibirla él la daria.

Arreglóse en el Palacio Real que la cruz de Julio llevaria esta inscripcion: "*Dada por el rey,*" y ademas la formalidad del juramento.

No fuè esto solo, sino que la cinta que la comision habia decidido fuese encarnada y negra, colores de sangre y de duelo, se cambió en azul y encarnada.

La inscripcion *dada por el rey* era un absurdo. En la época en que habian ganado esa cruz, no habia mas que un rey en Francia, y ese rey era contra quien combatian.

Al *juramento* le faltaba lógica. ¿Cómo podian jurar fidelidad y obediencia á un rey, los hombres que acababan de

proclamar, con las armas en la mano, la soberanía del pueblo?

Nos resolvimos á resistir.

Una circular de Garnier Pagés nos reunió en el camino de Saumon, y reducimos la cuestion á las proposiciones siguientes:

Admitiremos la inscripcion *dada por el rey?*

Sufriremos el *juramento?*

Aceptaremos la cinta *azul* y *encarnada* en lugar de la cinta encarnada y negra?

Las dos primeras proposiciones fueron rechazadas por unanimidad.

La tercera fuè objeto de una discusion vivísima.

En fin, se decidió que el color de la cinta era indiferente, que la verdadera cuestion importante era el juramento y la inscripcion, y se adoptó la cinta azul y encarnada en lugar de la encarnada y negra.

En el instante mismo se arrojaron algunas varas de cinta azul y encarnada en la mesa del presidente: cada uno tomó una pequeña parte que colocó en el ojal de su frac ó levita, y salieron todos con el mayor orden.

Muchos ciudadanos fueron acusados ante el jurado, por llevar una decoración ilegal.

Quedaron libres.

La corte se confesó al fin vencida, y el *Monitor* publicó la lista de los condecorados sin decir nada del *juramento* ni de la *inscripcion*.

Solo se dió una contraseña para ridiculizar así la decoración de Julio; pero por fortuna los que la llevaban no eran hombres que se dejaban reir en sus bigotes.

FIN DEL TOMO PRIMERO.



